

GASPAR MONTES ITURRIOZ

Acto de Ingreso en la R.S.B.A.P.

Acto de Ingreso celebrado en San Sebastián
el día 17 de junio de 1993
en el Salón del Trono de la
Excma. Diputación de Gipuzkoa

GASPAR MONTES ITURRIOZ

Amigo de Número

El día 17 de junio de 1993, en el Salón del Trono de la Diputación Foral de Gipuzkoa y en el transcurso de un solemne Acto Académico, presidido por el Diputado General Eli Galdós y la Diputada de Cultura María Jesús Aramburu, fue recibido como Amigo de Número de la Sociedad, Gaspar Montes Iturrioz.

Ana de Begoña Azkarraga, catedrática de la Universidad del País Vasco, desarrolló una interesante conferencia sobre el tema:

“La pintura del Bidasoa y Gaspar Montes Iturrioz”

Destacó en la obra de Montes “la visión del arte a través de la propia experiencia” e hizo un recorrido histórico por el paisajismo, eje temático de la obra de Montes. En su disertación estableció los antecedentes en los grandes nombres de la pintura y se centró en el Bidasoa, aludiendo a Regoyos y Vázquez Díaz, como influencias directas.

Tras las palabras de recepción, pronunciadas por el el Amigo Juan Ignacio de Uría y Epelde, Presidente de la Comisión de Gipuzkoa, el nuevo Amigo manifestó:

“Me cuesta creer que soy algo”

Esa fue una de las breves expresiones de agradecimiento que pronunció Gaspar Montes Iturrioz al término de la sesión en la que ingresó como Amigo de Número en la R.S.B.A.P.

Eli Galdós, quien cerró el turno de oradores de la sesión académica, recordó a Montes Iturrioz que el Palacio Foral volvía a ser testigo de uno de sus triunfos, ya que cuando ganó el Primer Premio del primero de los Certámenes de Artistas Noveles, en 1919, la sala de la exposición, en la que recibió el galardón, se hallaba en dicho edificio. El Diputado General de Gipuzkoa se sumó al espíritu de la Bascongada y felicitó a Gaspar Montes por “su vida de trabajo y por su sensibilidad hacia el arte y la belleza”.



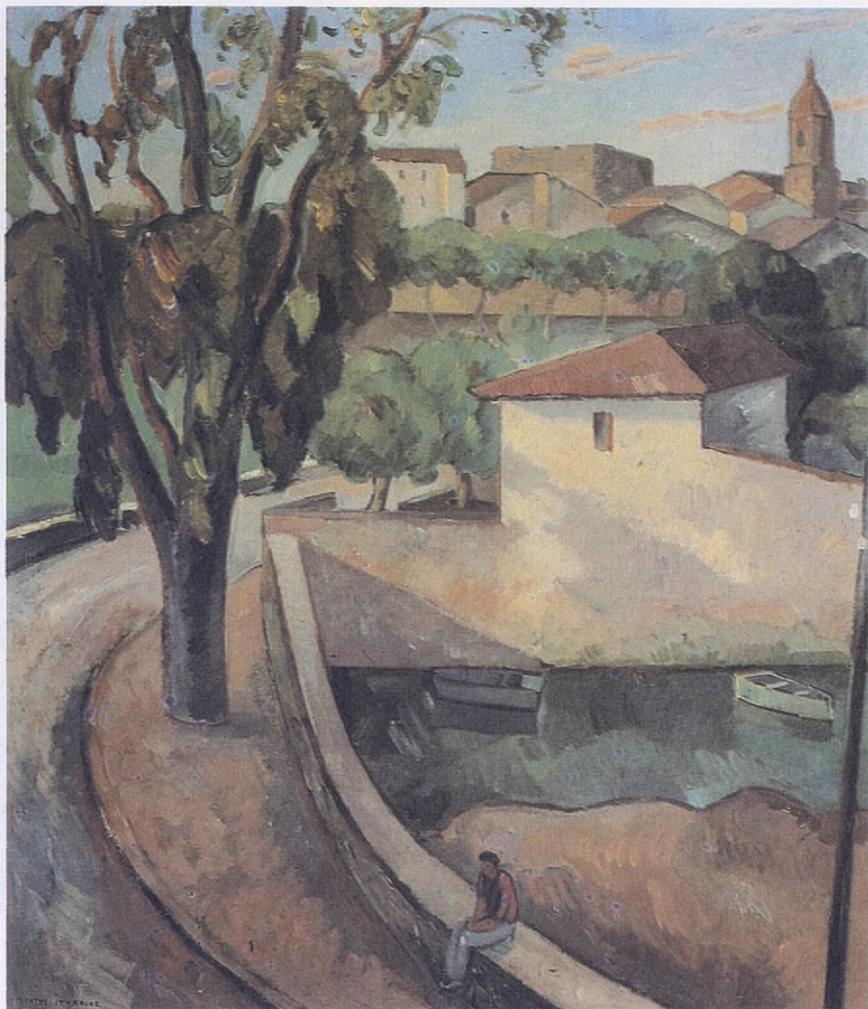
Autorretrato, 1916
Oleo sobre madera, 26 x 21 cms.
Colección particular



Alrededores, 1934

Oleo sobre lienzo, 112 x 100 cms.

Bankoa



Irún, 1937

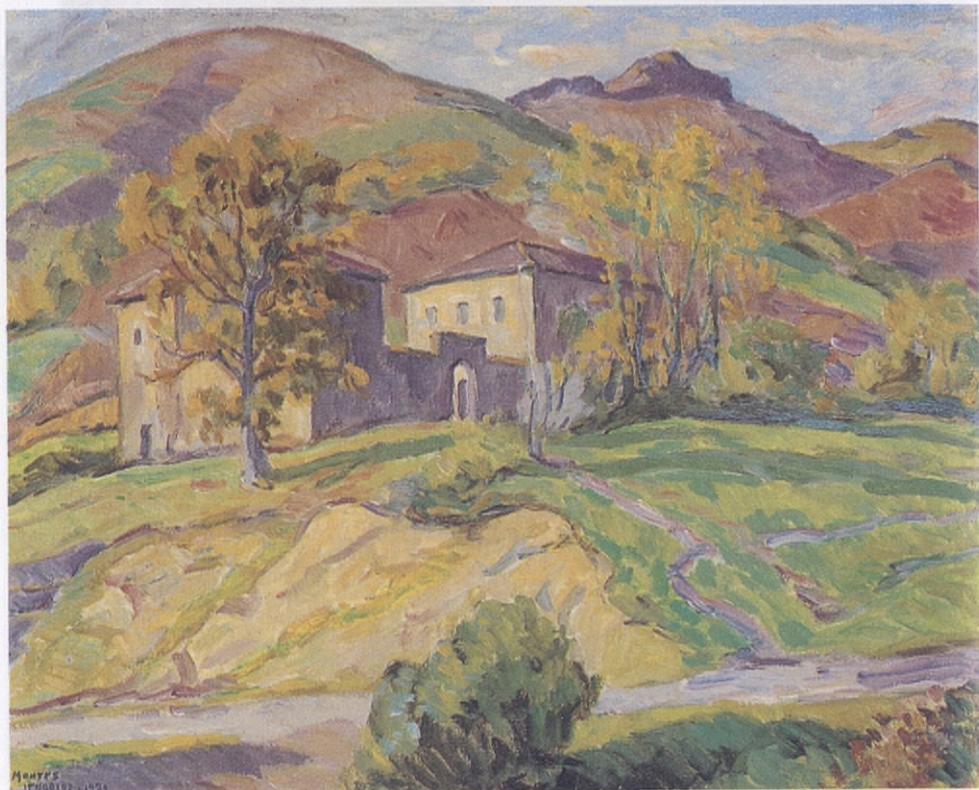
Oleo sobre madera, 74 x 64,5 cms.
Colección particular



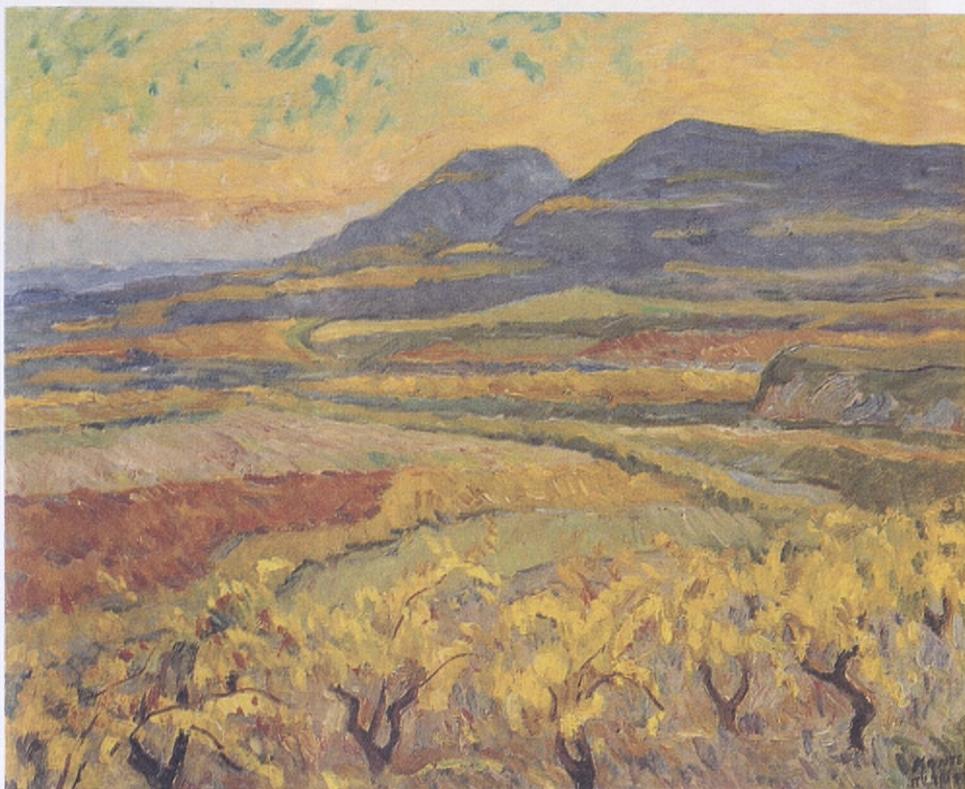
Caserío Estebenea. Irún 1963
Oleo sobre lienzo, 81 x 100,5 cms.
Colección particular



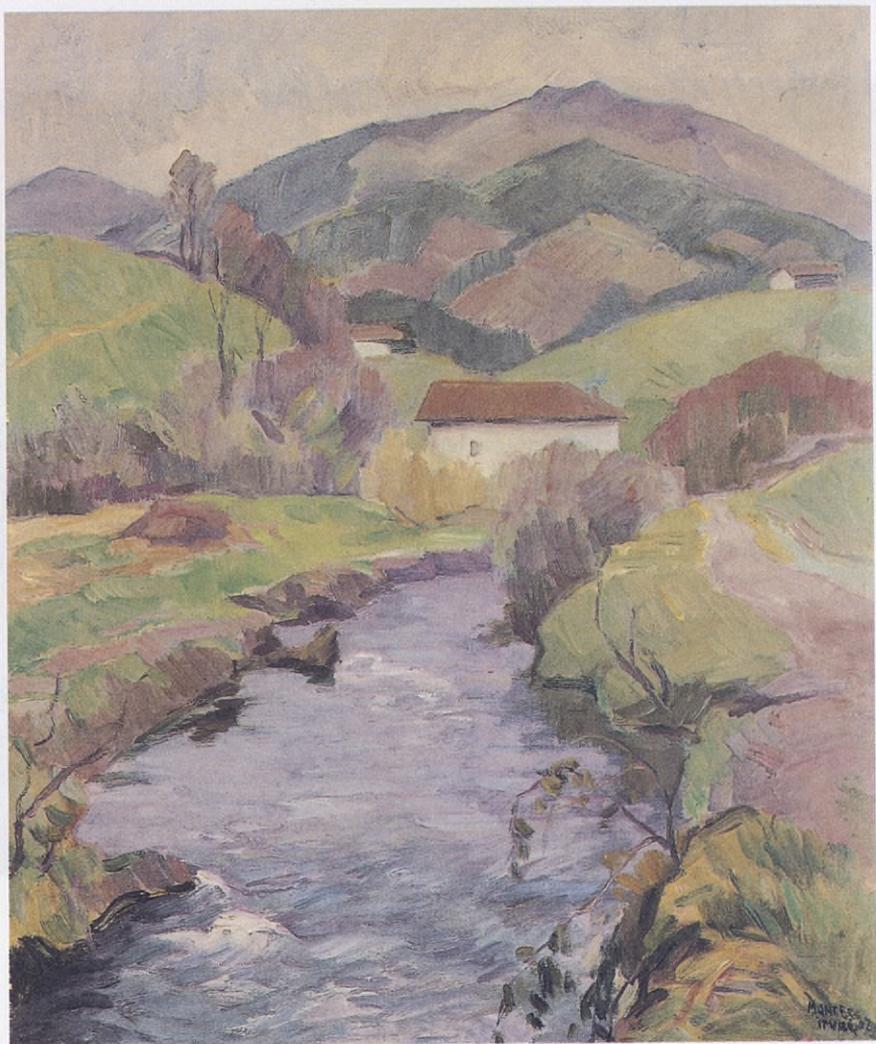
Paisaje vasco, 1969
Oleo sobre lienzo, 41 x 33 cms.
Colección particular



Sara, 1979
54 x 65 cms.
Colección particular



La Bastida (Rioja), 1984
Oleo sobre madera, 49,5 x 60,5 cms.
Colección particular



Paisaje con caseríos, 1966-93
Oleo sobre lienzo, 63 x 51 cms.
Fundación Kutxa

LA PINTURA DEL BIDASOA Y GASPAR MONTES ITURRIOZ

por

ANA DE BEGOÑA Y AZCÁRRAGA

(Catedrática de Historia de Arte de la Universidad del País Vasco)

Conferencia pronunciada con ocasión del homenaje dedicado a

Don GASPAR MONTES ITURRIOZ

en su ingreso como Amigo de Número de la R.S.B.A.P.

Donostia-San Sebastián, Junio de 1993

Excelentísimas autoridades, señoras, señores. Buenas tardes.

Constituye un gran honor para mí participar en este solemne acto en el interior del extraordinario marco del Salón del Trono del Palacio de la Diputación Foral de Gipuzkoa. Así pues, mi agradecimiento más expresivo a quienes me han ofrecido la oportunidad de aportar unas palabras con ocasión de la recepción de don Gaspar Montes Iturrioz en su ingreso como Amigo de Número de la Real Sociedad Bacongada de los Amigos del País.

Debo decir que, hasta hace muy pocos días, no conocía personalmente a don Gaspar Montes Iturrioz, aunque, desde luego, había admirado su obra en diferentes lugares y en distintas ocasiones. Por lo tanto, su pintura me condujo a la persona y, no a la inversa, afortunadamente para mí. Así, y como previo paso a este acontecimiento que hoy nos congrega, insistí en tener un encuentro con Montes Iturrioz, pues me parecía casi una intrusión y excesivo atrevimiento, llegar a la formalidad de este acto, sin haber pasado por la agradable información de una reunión más restringida. El momento se produjo gracias a la amable disponibilidad de Javier Lasagabáster, Iñaki Moreno Ruiz de Eguino y Juan Antonio Lecuona; de tal forma que, en el transcurrir de una muy agradable comida, tuve ocasión de captar la gran personalidad, la humanidad, la sencillez, la viveza, inteligencia y lucidez de nuestro artista.

Bien, el tema de mi intervención versará sobre la Pintura del Bidasoa y la figura de don Gaspar Montes Iturro. Mejor que yo habría podido hacerlo mi estimado amigo Francisco Javier Zubiaur Carreño, autor de una magnífica tesis doctoral sobre La Escuela del Bidasoa que, a su vez, ha sido el germen de inestimables publicaciones. O Edorta Kortadi, analista y gran conocedor de la pintura guipuzcoana en general y de Montes Iturrioz en particular. O Iñaki Moreno Ruiz de Eguino, con su amena palabra y certero juicio. O Juan Antonio Lecuona, tan próximo en su amistad, saberes y experiencias. Ellos y otros más seguramente, habrían cumplido brillantemente el papel que a mí me ha sido asignado.

Pero, repito, me siento encantada de encontrarme en este lugar y en este momento y procuraré resolver esta charla lo más dignamente posible.

Empezaré por recordar una frase de Lorenzo Varela en su introducción a la versión castellana de *Curiosidades estéticas* de Charles Baudelaire. Dice

así, si mal no me acuerdo: “los datos fundamentales a partir de los cuales se puede intentar una visión del arte, son los de la propia experiencia, los del propio amor, los de la propia conciencia”.

Quisiera hacer mía esta hermosa reflexión a la hora de considerar la dimensión humana y la obra de Gaspar Montes Iturrioz. Quisiera que prevaleciera la conciencia, el sentimiento y mi experiencia pequeña, íntima y subjetiva, sin olvidar, evidentemente, la objetividad de los datos y los hechos. Y un hecho suficientemente comprobado es que en toda actividad humana, y la práctica del arte es una de las más sublimes, no se producen abismos, bruscas rupturas ni saltos en el vacío. Según me parece, en la producción artística no se dan violentos desgarrs generacionales; todo lo más, un cierto distanciamiento con respecto a algunos antepasados que no nos atraen especialmente.

De aquí, que tengan tanta importancia los hilos de conducción a través de las generaciones, el flujo y el reflujo, el paso hacia adelante, y el paso dado hacia atrás. Porque nos alimentamos de nuestros conocimientos, de nuestra experiencia personal y de nuestras más íntimas emociones.

Así, la pintura del siglo XX en el País Vasco y los pintores del Bidasoa también encuentran sus raíces, como ha señalado Francisco Javier Zufiaur, entre los pintores nacidos en las dos últimas décadas del siglo XIX. No es preciso nombrarlos a todos y tampoco es éste el momento más adecuado. Por otra parte, son de sobra conocidos: Arrúes, Martiarena, Azcue, Basiano... Pero, es que lo mismo sucede con la pintura de Europa Occidental, tanto si nos referimos a una pintura costumbrista, y/o social, como si lo hacemos con respecto a una pintura de paisaje. Por ejemplo, ¿quién puede negar que Toulouse-Lautrec era un costumbrista en cuanto a los temas? Lo era, inmerso en un espacio concreto: París; y en un ambiente particular: la vida del mundo del espectáculo. Y ¿los Zubiaurre? Pues también lo eran, en otros pagos y con otras gentes... Porque, a fin de cuentas, ya desde la segunda mitad del siglo XIX, más o menos, las mujeres y hombres corrientes, con sus costumbres, sus preocupaciones, sus sufrimientos, sus diferentes maneras de enfocar la realidad, sustituyen a los héroes y los dioses de épocas anteriores. Nuevos géneros y nuevas corrientes se abrirán paso, no sin reticencias, pero consiguiendo paulativamente la aceptación de un público cada vez más amplio y de una cada vez más poderosa clientela: la burguesía.

Y, dejando la pintura costumbrista, ¿qué podríamos decir de la pintura de paisaje? El paisaje como protagonista pictórico, con toda su fuerza e identidad; el paisaje reconocible, no imaginado ni inventado; el paisaje liberado de su esclavitud como mero soporte de la figura humana o como simple acompañante de temas “importantes”. Este paisaje concebido de una manera nueva a través de un estudio directo de la naturaleza, enfrentándose o aliándose el artista con ella, tomándola con angustia o con serenidad; este paisaje, digo,

nos viene dado desde el Romanticismo. No podemos olvidar a los paisajistas germanos, como Friedrich, a los ingleses, como Turner y Constable. Cuánto deberán a estos dos últimos los pintores de Barbizon y los impresionistas, con su disolución de las formas, su rechazo de la línea y el análisis de los efectos luminosos. El escándalo que produjeron –por cierto, bastante inexplicable en mi opinión–, supongo la vanguardia del siglo XIX que, menos vanguardista de lo que aparentaba, abrió caminos a vanguardias y renovaciones del siglo XX.

Esa pintura que se hace al aire libre, donde el cielo y la tierra se confunden, donde las montañas y los valles se recrean, donde el mar penetra en la tierra y la tierra en el mar, donde la naturaleza toda es un cuerpo vivo por el que fluyen los ríos, y donde los seres humanos empequeñecen físicamente para agigantarse en espíritu. Los ríos... ¡Que gran papel juegan los ríos en la pintura! Son las vías, los caudales de comunicación artística. El Támesis, el Sena, el Po, el Danubio. El Bidasoa.

Estoy convencida de que el Bidasoa tiene que ser un río feliz, porque es un río protagonista que guarda fronteras suavemente, sin agresividades, ni violencias. El Bidasoa se convierte con sus tierras alledañas en tema preferido de pintores y escritores, transcurre entre magníficos paisajes y alcanza al mar en una de las más bellas desembocaduras de Europa. Valles, montañas, bosques, florestas, poblaciones, arquitecturas y gentes, se aproximan a sus orillas como si quisieran vivir al amparo de su corriente. Escritores como Loti, Baroja, Juaristi, Arceche, Iribarren, por mencionar a algunos entre muchos, se acercan al río a través de la lírica, la imaginación, la gracia y el realismo y, en sus textos, volvemos a encontrar las estrechas conexiones que existen entre la literatura y las artes plásticas.

Ellos, los pintores, tratarán al río desde diferentes modos de sentirlo: emoción romántica, descripción realista, descomposición, claridad de paleta y luminosidad impresionista, reconstrucción cezariana y precubista.

Antes de la generación de Gaspar Montes Iturrioz, otros pintores se acercaron al río Bidasoa. Es el caso de Darío de Regoyos. Para su madre y para él, Irún, con su carácter de ciudad fronteriza, de ciudad abierta, y su culta sociedad, se convierte en obligado apeadero para sus viajes. Regoyos trae a Guipúzcoa el sabor de la pintura francesa y belga de finales del siglo XIX; trae la pincelada breve y luminosa, los colores netos y brillantes de los impresionistas y, al mismo tiempo una ingenuidad, nada ingenua por cierto, en la esquematización de las formas. Regoyos se volcó en el paisaje del Bidasoa. Lo iluminó con estallidos de color; amarillos, rojos, morados, verdes. Y en esa dedicación imprimió su huella en pintores como Salís y Berrueta.

Más adelante, a comienzos del siglo XX, llega a Fuenterrabía Daniel Vázquez Díaz quien, como Gaspar Montes Iturrioz, prescinde de lo anecdótico. Los dos serán pintores renovadores que no gustan de estridencias ni

exageraciones. Reflexivos y equilibrados, se internan por nuevos derroteros artísticos.

Juan Antonio Gaya Nuño dice que Daniel Vázquez Díaz es un pintor que tiene muy poco de andaluz y sí mucho de vasco. Amigo de Regoyos y Solano; viajero incansable, conoce en París a Modigliani, Picasso, Juan Gris, Durrio. Precisamente de Juan Gris, Daniel Vázquez Díaz recogerá las reconstrucciones volumétricas. Para Vázquez Díaz el esqueleto de su pintura será la línea. Su meta, la búsqueda de formas geométricas fundamentales. Sus medios, el análisis y la comprensión de la obra de Cezanne, el gran reconstructor, el que devolvió a los objetos sus volúmenes y a la línea su valor frente a las disoluciones y las excesivas espontaneidades de algunos impresionistas. No es pues de extrañar que, a partir del impresionismo, el geometrismo y constructivismo cezariano, nos conduzcan de un modo natural al cubismo.

De la misma manera que había sucedido con Regoyos y aún teniendo en cuenta sus numerosas permanencias en París, Daniel Vázquez Díaz encuentra en Guipúzcoa un puente internacional.

Es curioso, pero para muchos pintores españoles, aun cuando las estancias en Roma y fundamentalmente en París, se consideran poco menos que obligadas, la inmensa mayoría de ellos manifiesta una clara tendencia al retorno, como si la nostalgia les impulsara irresistiblemente hacia la propia atmósfera, hacia el propio paisaje. Esto se hace especialmente significativo en los pintores vascos, aunque, evidentemente, no se pueden descartar casos contrarios. Tal sería el de Zuloaga.

Vázquez Díaz, como Regoyos en su momento, hará buenas amistades en Guipúzcoa: Salaberría, Iñigo de Andía, y otros muchos. Dejará en los pintores vascos una interesante impronta. Es el caso de Montes Iturrioz y de Bienave Artía. Esos paisajes de Vázquez Díaz en los que las casas aparecen firmemente moldeadas en nítidas geometrías; esos árboles, matorrales, montículos, expresados con sólidas masas, con un cromatismo a veces frío, a veces cálido, nos recuerdan los, no sé si acertadamente llamados "paisajes decorativos" que, desde Cezanne y Gauguin se van sucediendo en pintores de sucesivos "ismos".

No quiero olvidarme tampoco de Ricardo Baroja, onubense de origen, estrechamente vinculado a Vera. Su riqueza intelectual y la de destacados miembros de su familia, les convierte en pilares de la cultura del País Vasco.

Los pintores del Bidasoa son pintores que salen a los caminos, que viven, respiran y se alimentan de la naturaleza. Son auténticos caminantes. Conocen como pocos las veredas, los caminos ocultos, las aldeas, el agua... Su pintura es la manifestación de un amor y casi de una mística sentimental hacia la tierra que forma parte de su existencia: Guipúzcoa y el Baztán.

Son muchos los nombres que componen la llamada Escuela del Bidasoa. En la segunda generación de las tres señaladas por Zufiaur Carreño, junto con Gaspar Montes Iturriz se encuentran Bienabe, Larramendi y Gal. En ellos la guerra civil supuso una dolorosa herida. Algunos, será el caso de Bienabe, hacen fluctuar su pintura entre el realismo, impresionismo, posimpresionismo e incluso expresionismo. Otros, podrá ser el caso de Menchu Gal, alcanzan un intimismo en algunas de sus obras que, tal vez, podría relacionarse con Blanchard. Pero no quisiera entrar en un análisis pormenorizado ni en opiniones personales acerca de todos y cada uno de los pintores del Bidasoa.

Mi propósito es adentrarme como sea posible y tan sencillamente como pueda en la figura de Gaspar Montes Iturrioz.

Cuando le conocí, y debo recurrir por lo tanto a las circunstancias que antes he mencionado, me pareció uno de los jóvenes con más años que he conocido. Recuerdo que Javier Lasagabaster hizo que, a la hora de comer, me sentara a su lado en la mesa porque yo comenté que me interesaba mucho escucharle. Puedo asegurar que fui toda oídos. Gaspar Montes, incansable conversador; irónico a veces, misterioso otras, y con un gran apetito. Lasagabaster y Ruiz de Eguino recogiendo y cediendo la palabra, dando entradas y salidas. Y Juan Antonio Lecuona, reposado, no muy hablador pero tremendamente ponderado y cimentando con su conocimiento de causa, situaciones, acontecimientos y detalles. Me sentí muy cómoda.

De la vida y milagros de don Gaspar, es más que seguro que muchos de los aquí presentes saben más que yo.

Saben que nació en Irún; que es dueño y señor del siglo XX, que nos franqueará seguramente las compuertas del XXI y, por lo tanto del segundo milenio. Saben de su formación desde niño con don Julio Echeandía y con don José Salís en su ciudad natal.

En su temprana adolescencia viaja a Madrid y tendrá como profesores a los académicos López Mezquita y Álvarez de Sotomayor. En Madrid permanecerá durante cinco años y, en ese tiempo, empezaba a cosechar alguno de sus numerosos premios, como el primero de la I Exposición de Artistas Noveles Guipuzcoanos. Luego viene la llamada de París, ciudad a la que acude con su amigo Bernardino Bienabe Artía y, allí, se acompaña con Cossío y Ucelay, entre otros. Pero, es mucha la nostalgia que despierta en don Gaspar el paisaje del País Vasco y, a él retorna, lo que no le impide viajar frecuentemente hasta el romántico Aranjuez y seguir participando en sucesivas exposiciones, unas veces sólo, otras veces con Bienabe y Olasagasti.

En la juventud pasada y actual de don Gaspar, me gustaría subrayar la riqueza de sus facetas. Es un hombre que se interesa por todo, que se siente atraído por casi todas las manifestaciones del arte que en él encuentran a su

común intérprete. Se nos muestra como actor, decorador, dibujante de artes gráficas, diseñador de tapices y, generosamente, a través de la docencia, a muchos otros hace partícipes de sus conocimientos.

La guerra civil supuso para él un breve pero, no me cabe la menor duda, doloroso exilio. No obstante, Irún le espera como hogar definitivo.

Hay varias cosas que me impresionan de Gaspar Montes Iturrioz, cosas a las que él no parece conceder demasiada importancia. Reflexionará sobre alguna. Así, su interés por la docencia del Arte, como acabamos de recordar, que imparte en Irún y Fuenterrabía. De sus enseñanzas surgirá una pléyade de pintores nuevos, a los que comienza "por quitar complejos y enseñarles el valor de la luz". (Cito sus palabras, don Gaspar). La práctica del magisterio artístico, desgraciadamente, no es tan usual como nos gustaría entre los maestros en ejercicio, aunque, es de justicia reconocerlo que, desde hace algún tiempo, jóvenes artistas simultanean la doble actividad de la práctica del arte y su enseñanza, sin detrimento de ninguna de ellas.

Me impresiona también el gran conocimiento que Montes Iturrioz guarda sobre la pintura española e internacional, desde el Renacimiento (El Greco, por ejemplo), pasando por el Barroco (Velázquez, Murillo, etc.), el gran pintor de la modernidad (Goya), hasta los "iluminados" pintores del siglo XIX. Los franceses, desde los impresionistas, son sus antepasados, pero no olvida a los realistas. Tampoco dejan de ocupar un gran puesto en su memoria, histórica los pintores holandeses. ¿Acaso un Vermeer o un Hobbema no están íntimamente ligados a las costumbres y paisajes de su propia tierra? La pintura de Marc Chagall, ese judío que no desdeña tender un puente hacia el Nuevo Testamento, le emociona. Tal vez no tanto por sus particulares símbolos, cuanto por su nostalgia de Rusia en un París que lo acoge, pero que no sabe preservarle de la soledad y la tristeza. Montes Iturrioz se vuelve hacia Chagall, y como él, se hace constructor de vidrieras.

Constructor de vidrieras, he dicho. Como el mismo Gaspar Montes ha comentado, después de la guerra civil "tenía que vivir, tenía que ganar dinero" y, por ello, trabajará para la fábrica de vidrieras de Irún. Y no dará importancia a este trabajo de forzado. Sin embargo, Juan Antonio Lecuona sí se lo da, y mucho. Sin sus conocimientos técnicos, sin su dominio del dibujo, no hubiera sido posible ese trabajo obligado por la supervivencia. Por favor, don Gaspar, no lo menosprecie usted. Ni es tan modesto ni tan sin brillo como a usted le gusta calificarlo.

No obstante, don Gaspar, creo haber detectado en usted un mayor aprecio hacia su pintura mural. ¿Podrá decir que además de la presencia de Vázquez Díaz, la fuerza escultórica de sus figuras manifiestan muchas connotaciones con la escultura de un Bourdelle o también de Maillol?

Como una gran mayoría de los llamados pintores “periféricos”, es decir, de aquellos que no se dejaron anclar por las directrices académicas procedentes de Madrid, que “pasaron”, si se me permite la expresión, de las enseñanzas oficiales, Gaspar Montes supo extraer de los académicos las técnicas, los conocimientos, lo necesario y, luego, lo aplicó a su gusto y conveniencia. López Mezquita y Alvarez de Sotomayor le proporcionaron los instrumentos. Montes Iturriz añadió a su talento, su inspiración y su sentimiento.

Gaspar Montes asimiló todo lo que recibió de dentro y fuera de España. Pero no se contentó con ello, no le parecía suficiente y sumó sus propios componentes. Introdujo todo en un crisol y, como un antiguo alquimista, extrajo esa pequeña piedra filosofal de su obra que destaca por su serenidad y difícil equilibrio.

Del academicismo realista pasa al constructivismo de Cezanne; cuando quiere retorna a la espontaneidad de los impresionistas pero, siempre, siempre se nos muestra libre, personal e independiente.

Recojo una frase del libro de Zufiaur *Gaspar Montes Iturriz. El hombre, el pintor y su obra*, pronunciada por el propio artista: “Si no hay espíritu en un cuadro tampoco queda gran cosa”.

Así es. El espíritu de Gaspar Montes rezuma de toda su obra. En los paisajes indudablemente, pero también en los retratos, en las costumbres y tipos vascos, en la temática religiosa. Para él, ningún género es secundario aunque su amor se vuelve en la naturaleza.

Como hombre, don Gaspar Montes Iturriz, al decir de los que le conocen bien, es humilde. Puede ser, pero no es hombre que se humille. Ama la soledad porque en la soledad se encuentra la libertad, pero no es un hombre solitario. Puede ser socarrón, pero no hiera. Conversa, dice mucho y sabe lo que dice, pero es discreto. Es sabio porque ha vivido mucho en tiempo y acontecimiento, pero no alardea de su sabiduría. Y yo creo, por lo que he podido percibir, que es un hombre bueno y, para mí, la bondad camina de la mano con la inteligencia.

Gracias, don Gaspar, por existir.